

DOS ESCUELAS ESPECIALES EN LA CIUDAD UNIVERSITARIA

Por RAMON FERREIRO

ESOS robinsones de la cultura técnica que tuvo España en las dos últimas centurias, han llegado amorosamente a nuestro recuerdo en el día de la inauguración de la Ciudad Universitaria. Cuando la fe encuentra la necesaria comprensión oficial y se realizan los grandes milagros, una secreta simpatía une al hombre nuevo con los viejos guerrilleros de empeños semejantes, que lucharon, aisladamente, para desbrozar una parte del camino.

Todos los Centros de enseñanza de la técnica superior tienen una historia similar en nuestra Patria. Son hijos de la tenacidad de algún marino sin escuadra, que se lanza infatigable a la conquista de una isla en el brumoso archipiélago de la docencia oficial. Se trata de casos distintos a los de nuestras históricas Universidades, de sólida y ambiciosa fundación. Las Escuelas Especiales surgen siempre en clima desfavorable, gracias al entusiasmo de un hombre o de un grupo reducidísimo de personas que al ver irrealizable su ilusión genérica concentran su anhelo en el logro de una determinada ordenación profesional.

En un interesantísimo autógrafo de don Bernardo de la Torre, que éste legó «a sus hijos los Ingenieros de Montes» —preciada reliquia que se ha perdido, por desgracia, en el incendio que destruyó la Escuela en noviembre de 1936—, indicaba aquel ilustre tutor de la que después fué emperatriz de Francia, las inmensas dificultades que precedieron a la creación de esa Es-

cuela. Una entrevista celebrada el 17 de enero de 1846 con don Agustín Pascual—que acababa de regresar de Sajonia, después de haber cursado allí los estudios de ingeniería de Montes—hizo germinar en don Bernardo el propósito de crear en España un establecimiento dedicado a tal fin. En ese instante empieza su lucha a brazo partido para convertir en realidad su propósito; lucha que él pone de manifiesto ya en uno de los primeros párrafos de su mencionado escrito:

«Pero todo cuanto habíamos hablado sobre los adelantos de la ciencia de Montes en Alemania, y sus consecuencias prodigiosas en la ordenación y fomento de los mismos, era una conversación enteramente perdida si no encontrábamos medios de plantear en España las enseñanzas preliminares y las aplicaciones prácticas de ellas que demanda el Servicio. Aquí principiaron las dificultades que no han terminado todavía. Nos faltaba en el país opinión formada sobre la necesidad, o, al menos, sobre la conveniencia de crear este nuevo Servicio. Nos faltaban recursos oficiales para plantear el pensamiento. Nos faltaba, en suma, que nos entendiera el Gobierno, y, sobre todo, dinero, que entre nosotros se esconde cuando se trata de emplearlo en una cosa útil. Las dificultades que se presentaban eran, sin duda, de aquellas que intimidan a cualquier persona que se propone acometer, con recursos extraños y que están fuera de su alcance, cualquier empresa ardua; pero yo, que en esta parte he discurrido y obrado siempre de otro modo cuando me he encontrado en situaciones análogas, juzgué que, por lo mismo, nos debíamos arrojar a la arena.»

Dificultades arduas, casi invencibles, cegaron siempre la senda de las Escuelas Especiales en sus períodos de gestación. Puede afirmarse que todas deben su vida a la constancia admirable de uno de esos hombres que, de vez en cuando, produce nuestra raza, y que son incansables en su lucha heroica contra la indiferencia y la rutina. Gracias a ellos tuvo nuestra técnica ejemplares establecimientos de enseñanza profesional; pero tal vez por ese origen las Escuelas carecieron en ciertos momentos

de garantía, misión y defensa de conjunto, lo que puso en peligro, a veces, su propio desenvolvimiento. Quiere la nueva España que terminen para siempre los desamparos docentes, bajo el caudillaje de cultura de Francisco Franco. La Ciudad Universitaria, nudo espiritual y laboratorio de la cultura española, precisa tener consigo a las escuelas técnicas para lograr la plena formación del hombre y porque—como dijo el Caudillo—en la hora presente de España ha de exigirse a la Universidad el altísimo deber de crear ciencia por virtud del esfuerzo investigador de todos, y ha de formarse al profesional, ensanchando así el marco estricto de la docencia, ya que el progreso de la ciencia aplicada es base de la economía, y el profesional útil es indispensable para el servicio de la Sociedad y del Estado.

Junto a la Universidad, «alma mater» y cuna de valores permanente, las Escuelas Especiales lograrán su pleno desarrollo en esta generosa etapa de revalorización del saber y de perfeccionamiento de la enseñanza, que el Caudillo señaló en su brillantísimo discurso, al decirnos: «Desde el mundo inorgánico de la materia; desde la zona organizada de lo biológico, hasta la esfera más encumbrada del espíritu, en el recinto de la ciencia pura, o en el estudio dinámico de la técnica, ha sacudido a la vida intelectual española una como fuerza mágica de agitación y de ímpulso, jamás conocida entre nosotros, que ha hecho entrar en fase de producción a toda la falange culta de nuestros universitarios e investigadores, con un rendimiento tal, que en pocos años será una realidad formidable y alocucionadora el renacimiento total de la ciencia hispánica.»

En esta tarea y en esta inquietud las Escuelas Técnicas superiores reclaman su puesto de primera línea, hermanándose la mayor parte con la Universidad, no sólo en la función científica y docente sino en el mismo campo geográfico de combate, en el recinto sagrado de la ciudad del estudio. Quedan en construcción otros edificios para Escuelas Especiales; pero el pasado 12 de octubre se inauguraron ya dos Centros de espléndida concepción, destinado, uno, a Escuela de Ingenieros Agrónomos,

y el otro a Escuela de Arquitectura. Ambos Centros tienen una larga historia de vicisitudes y menosprecio político que voy a consignar brevemente como homenaje a quienes lucharon en épocas duras por el mejoramiento de sus profesiones.

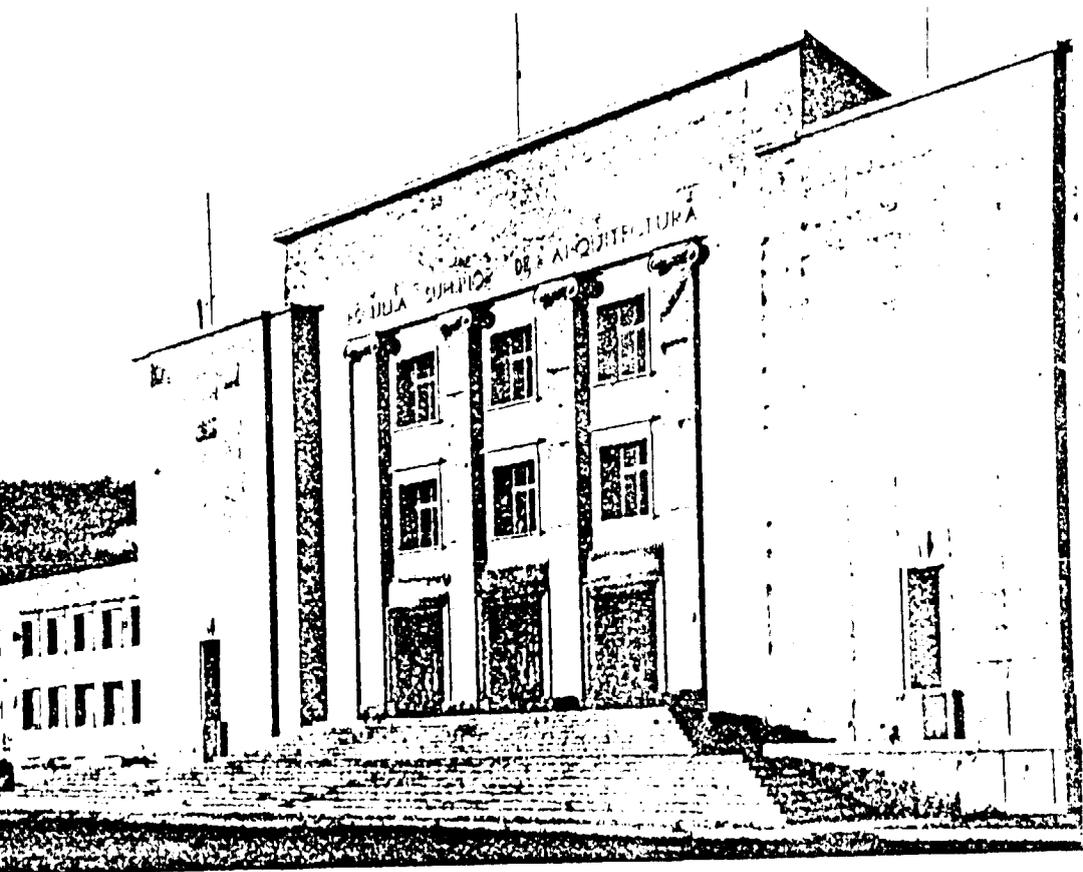
La Escuela Central de Ingenieros Agrónomos puede recabar para sí la gloria de ser como la célula primera, en cuanto a lo material, de la Ciudad Universitaria. Su fábrica, efectivamente, se levantaba ya con anterioridad en el bosque de la Moncloa, como un anticipo de esta congregación de las ciencias, letras y artes, que constituirán en su día el conjunto hermoso y pleno de la Ciudad fuente del saber.

Son, pues, los Ingenieros Agrónomos los primeros habitantes del «alma mater», tendida a un costado de Madrid, en los alrededores de El Pardo y ante el grandioso anfiteatro del Guadarrama. La creación de la Escuela de Ingenieros Agrónomos—como también la de Arquitectura—es una consecuencia de la técnica, estatalmente organizada en el pasado siglo. Ya Jovellanos, portavoz de las necesidades de su época, formulaba en su famoso —y en algunos puntos aún no superado— «Informe sobre la Ley Agraria», la conveniencia de que se multiplicasen los Institutos de útil enseñanza para los propietarios y labradores; a la vez que acusaba la falta de instrucción y la rutina como estorbos que era menester remover para la prosperidad del arte de cultivar los campos. El impulso del progreso agrícola venía determinado por ser fuente principal de riqueza para la Nación, según habían ido predicando con más entusiasmo que eficacia las Sociedades Económicas de Amigos del País.

No podían, empero, bastar las palabras en una enervada histórica como la que sufre España en los inicios del siglo xix, asolada por una guerra de Independencia y por multitud de rencillas intestinas que hicieron nulos los más saludables propósitos. Había de ser más adelante cuando, a pesar del vendaval tumultuoso de pasiones en torno del Trono, un ilustre hombre público, cuya obra por diversos conceptos perdura en la memoria de los españoles, siendo Ministro de Fomento, creó por Real

decreto de 1 de septiembre de 1855 la Escuela General de Agricultura. Había cedido Isabel II, a este efecto, unos terrenos enclavados en el Real Patrimonio de Aranjuez y conocidos por «La Flamenca». En esta finca, situada en la ubérrima ribera del Tajo, convenientemente transformada, se estableció primitivamente la mencionada Escuela. Pronto resultó insuficiente la instalación, dadas las diversas enseñanzas que la nueva ciencia requería, y así, los alumnos se veían precisados a completar sus estudios en otros Centros de Madrid. Este estado de cosas terminó, en 1865, en que todas las enseñanzas se concentraron en Aranjuez; pero el Poder Ejecutivo que destronó a Isabel II tuvo el pésimo acuerdo de suprimir la Escuela General en noviembre de 1868. Reaccionó luego de su error, y dos meses después, el mismo Ministro de Fomento la restablecía y la trasladaba definitivamente a Madrid, el 28 de enero de 1869. Se habían expedido hasta entonces no más de treinta títulos de Ingenieros.

La Escuela quedó instalada en la posesión de la Florida, con lo que sus condiciones y situación mejoraron notablemente, con la ventaja, además, de disponer en la Moncloa de amplios locales y extensos terrenos para cultivo. La Escuela—dice el historiador Fernández de la Rosa— contaba ya con profesorado compuesto por Ingenieros Agrónomos, y el cuadro de las asignaturas, así preparatorias como tecnológicas, podía estimarse adecuado y suficiente. En 1875, añade, fué creada en esta finca la Estación Agronómica, que al siguiente año formaba parte integrante de la Escuela Superior de Ingenieros Agrónomos, denominación con la que se sustituyó la de Escuela General de Agricultura, aunque recuperando este último nombre en virtud del Real decreto de 21 de enero de 1878. Alfonso XII visitó una vez el Centro y ordenó que su título fuese el de «Instituto Agrícola de Alfonso XII». Se instalaron luego varias dependencias y servicios, tales como la Estación Enológica, la de Patología Vegetal y la Pecuaria, más la Granja Central y otros anexos. El Instituto, pues, comprendía la Escuela, la Estación y la Granja,



FACHADA PRINCIPAL DE LA ESCUELA DE ARQUITECTURA



PLANTA GENERAL DE LA CIUDAD UNIVERSITARIA

con sendos directores. El pensamiento del legislador Alonso Martínez había prevalecido incólume y se había ensanchado.

Mas llegó la barbarie roja y todo quedó desolado. Hoy el Cuerpo de Ingenieros Agrónomos, cuya historia de méritos y beneficios al país sería prolijo enumerar, tiene de nuevo hogar en el magnífico edificio de la Ciudad Universitaria levantado por Franco.

La Escuela de Arquitectura es hija también, en cuanto a su función, del llamado siglo de las luces. Su origen es debido igualmente a la necesidad de la especialización, impuesta por el desarrollo y amplitud de las Artes y las Ciencias. Creada por Decreto de 25 de septiembre de 1844, surgió como una sección diferenciada de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

El suntuoso y pétreo edificio de la calle de Alcalá, fué el primer albergue oficial de enseñanza de la Arquitectura, que tan alto vuelo había cobrado bajo los insignes maestros del xvii. Carlos III, el rey del «mal de piedra», adquirió el palacio dicho —ya que la casa de la Panadería resultaba inadecuada e insuficiente—, para cobijar entre los mismos muros las Ciencias Naturales y las Artes. La enseñanza académica, según las normas clásicas de Vitrubio, que aún privaban en toda España, formó a generaciones de arquitectos durante más de un siglo, hasta bien entrado el xix. Pero la gran revolución de la técnica y de la investigación en todos los órdenes científicos y artísticos, paralela y adaptada a las nuevas necesidades sociales; la importancia cada vez mayor de la arqueología descubriendo usos y estilos históricos; la Química y la Física, imponiendo nuevos procedimientos para la obtención de materiales; el auge, en fin, de otros sistemas constructivos, fundamentaron la necesidad evidente de discriminar en estudios especiales las nuevas enseñanzas. Así se separó de la antigua y gloriosa Academia la nueva Escuela de Arquitectura.

Los tiempos, idénticos a los de fundación de la Escuela de

Agricultura, no eran favorables, en sus hondas vicisitudes políticas y económicas, al anhelo despertado por la creación de la nueva disciplina. Poco tiempo después la Escuela de Arquitectura, sin adecuados locales en la Academia, se trasladaba provisionalmente a la parte conventual del Colegio Imperial de San Isidro. Provisionalmente: fijémonos, con un poco de rubor, en lo que esta palabra ha significado tantas veces para la administración española. Debe entenderse que la Escuela no conoció ya otra sede, sino ésta que se le ha deparado en la Ciudad Universitaria. De nada valieron las nobles quejas y protestas formuladas, sobre todo a partir de 1875, para mejorar de local. Constan los trabajos y gestiones realizados por algunos ilustres maestros, principalmente Lampérez, sin que el poder público atendiera nunca las demandas. Casi cien años habían de transcurrir para que aquellos mezquinos y oscuros locales, «en el peor edificio de enseñanza de arquitectura de Europa», se convirtieran en la mole majestuosa que se alza hoy en la Ciudad Universitaria.

Cabe en este punto consignar el nombre del ilustre arquitecto don Modesto López Otero, gran realizador de la idea. Como Director de la Escuela desde 1923, renovó las gestiones de sus antecesores respecto a instalación, sin lograr otra cosa que promesas ministeriales. Pero cuando fué designado Arquitecto-Director de la Ciudad Universitaria, cargo que ostenta todavía, encontró por fin la ocasión propicia para la edificación de la Escuela, entre las obras declaradas de urgencia. Con la colaboración del claustro el proyecto fué presentado a la Junta Constructora, encargándose de la ejecución y dirección el Profesor don Pascual Prado. Se terminó el edificio en breve tiempo, hasta el punto de verificarse exámenes en junio de 1936. El sueño quedaba plasmado en realidad, siquiera fuese por breves días, pues el destino heroico de todo el recinto de la Ciudad Universitaria se cumplió también en la Escuela de Arquitectura, devorada por la guerra.

En la mañana del 12 de octubre de 1943, Minerva tiende sus alas sobre estos campos de Marte. La victoria y la paz, dones del cielo, realzan desde ahora los arduos afanes de varias generaciones que soñaron nuevas metas en el campo de la cultura. Lo mismo la Escuela de Ingenieros Agrónomos que la Escuela de Arquitectura llevan en sus muros calor y ensueño de hombres que en otras épocas trabajaron denodadamente por una España mejor. Por eso he querido dedicarles este recuerdo en el día en que renace la Universidad española.